

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CUMBRES DE EXTREMADURA.
Novela de José Herrera Petere. Editorial Isla. México, 1945.

Los novelistas que han ido apareciendo en el mundo de las letras en esta última década, formaron sus espíritus de hombres en un ambiente caldeado por el entrecruce de la derrota, del pesimismo, de lo inhumano y de la desorientación. Ellos nacieron y se desarrollaron durante años de dos pre-guerras, guerras de consecuencias mucho más hondas de aquello que cotidianamente creemos recoger del paisaje de nuestras convicciones tambaleantes y deformes. Ante dicha situación social, siempre impuesta a los nuevos novelistas y no creada por ellos sino por las consecuencias de males más añejos, las obras que han salido de sus plumas tomaron diversos caminos, respondiendo a una idéntica causa. Los unos entretejiéron el sonambulismo de su propia desolación y al igual que la perla se esconde tras la trinchera de sus valvas minerales, quisieron guardar sus espíritus bajo el amparo de la barrera de frialdad oscura y críptica. Asustados del hombre, parecieron huírle y ocultar a su mirada la sensibilidad desnuda de sus amores. Otros, palpando a ciegas en la convulsión negativa, diéronse de brucees ante una realidad que bajo ningún punto parecía creer en la buena fe, ni en la virtud, ni en los deseos de bienaventuranzas de los bien intencionados autores. Las obras de éstos, precisamente por razón de semejante cau-

sa, nos parecieron sensibleras, utópicas y en desacuerdo con el propio registro de nuestras experiencias. Otros dieron en acerrar el garfio con que escribían y con tal estilete se revolvieron airados contra la atmósfera opresiva que asfixiaba al hombre. Al hombre que forma la sociedad y que asimismo forma parte del propio sér que escribe para revelarse. Dentro de esta tercera tendencia opinamos se encontraba José Herrera Petere, escritor español de la más jóven generación de escritores ibéricos.

Pero tal tercera tendencia lleva implícita la tremenda y peligrosa desventaja —quizá más agudamente que en las otras dos anteriores señaladas— y ella es la propia sustancia corrosiva que los lanzó al camino escogido. Es, ni más ni menos, *la derrota*. Derrota inmerecida, ajena, involuntaria, que rodea, que aprieta, que hace gritar de dolor y nubla la vista hacia cualquier condición bondadosa del hombre. La derrota exterior, que no se siente dentro, que no se encuentra en la conciencia, pero cuyos efectos externos vienen a petrificarse en las vísceras y en los órganos del hombre espantado que contempla su aniquilamiento inmerecido. Entonces, como válvula de escape, halla solamente el sarcasmo, la hiel derramándose enmascarada en la risa, el escepticismo, la inconformidad y el pesimismo. El aniquilamiento externo acaba por aniquilar lo propiamente interno. Tal planteamiento lo encontramos en la anterior novela de este autor, *Niebla de Cuernos*.

Novela escrita apresuradamente —creemos— en el via-crucis de un destierro, escrita en 1939 cuando Herrera Petere tuvo que abandonar su patria épica y mezclarse en el mundo loco de una supercivilización corrompida —el París de preguerra.

Nosotros, en la enervada de escoger entre las tres corrientes señaladas o tacharlas a todas, optamos por lo segundo. Y precisamente por nuestra postura, *Cumbres de Extremadura* nos ha venido como heraldo de aquello que andamos buscando los infatigables buscadores de medios de expresión literarios. En *Cumbres de Extremadura* la derrota aprieta, corta el resuello, siega vidas, la carcajada levanta ampollas moradas cual latigazos, y la rebeldía es feroz y muchas veces inhumana e incongruente. Pero deslizándose por el lecho del atormentado río, está un hombre, único y perenne, cantando su canción de amor. Un hombre vencedor, épico, glorioso, que se levanta iracundo y no hay opresión capaz de pararlo. Un hombre que muere asesinado en mitad de una plaza pueblerina y gracias al dictado de un ridículo y nefando tribunal que lo ordena. Un hombre que cae sin vida al parecer derrotado, pero cuya aparente derrota proclama su eminente victoria. Este hombre en *Cumbres de Extremadura* es *Trimotor*, personaje arrancado de los campos extremeños, salido de la misma entraña de la tierra, guerrillero empecinado, oliendo a justicia por genio de sanidad, puesto en cruzada contra los malos genios que aspiran a estrangular al hombre. Ni más ni menos como todos los legendarios héroes de épicas y caballerías. El cruza montes, vadea ríos, se hunde en las espesuras de los bosques, y siempre que la ocasión se lo ofrece... ¡mata! *Trimotor*, a buen seguro, sería incapaz de explicar por qué mata, lo hace porque la sangre se lo dicta, porque su alma se encuentra hastiada en medio de la

injusticia, porque sale de la tierra y el cielo se le cae sobre sus hombros robustos. Porque quiere trabajar y no lo dejan, porque él, guerrillero temido y cruel, desea vivir y se lo prohíben, porque siente ganas de comer y para satisfacer el hambre tiene que arriesgar la vida. *Porque sobre todas las cosas desea amar.*

Así se escapa a la derrota, sale victorioso y corre a emparejarse con todos los héroes conocidos o desconocidos de la historia de la humanidad. El es uno de tantos personajes reales que vencieron en la épica jornada española del 36 al 39 luchando en el bando rojo de sangre, de esperanza y de amor.

El estilo, posición de vida frente a los acontecimientos, es en Herrera Petere viril y acusador, tajante y violento, emparentado con la biblia medieval del *Libro del Buen Amor* y con las prosas fustigantes del humanista popular quevedesco. El humor que rezuman las páginas de la novela es grotesco, sarcástico, pero —para nosotros— es dolor de realidad que ensalza e idealiza al hombre con los mismos elementos materiales que lo forman y lo deforman. En alguna parte leímos a este mismo autor definiendo al humor campesino español —el mismo utilizado por los clásicos españoles— como un humor aferrado a la tierra desconociendo al cielo. Creemos, más bien, que lo que viene a decirnos su propio héroe *Trimotor* es —si no lo contrario— por lo menos un aferrarse a lo material para poder construir lo ideal, para cambiar el gesto negativo de ese cielo que se precipita encima.

Y en esta postura, precisamente, reside la enseñanza para lo que se nos antoja llamar un cuarto camino a seguir por los novelistas de hoy. Camino que seguiremos ante la indicación que nos hace el *hombre* en mitad del torrente trágico de los días que pasan.

CLEMENTE AIRO

“ULISES”, de *James Joyce*, versión castellana de J. Salas Subirat. Santiago Rueda, editor. Buenos Aires, 1945.

Al empezar la lectura del extenso planteamiento joyciano, el lector comprende que se encuentra enfrentado a una ambición desmesurada y ante una obra de tales dimensiones que, para emitir juicio sobre ella, va a serle necesario no solamente concluir su lectura sino repasar muchas páginas, volver a leer capítulos enteros y meditar sobre todo el propósito del *Ulises*. Y, después de semejante prolija labor, comprenderá de súbito que no ha estado haciendo otra cosa que revisándose a sí mismo, que releándose los inmentados monólogos propios y recreándose con situaciones vividas con anterioridad a la lectura de la genial obra de James Joyce. Por ello, precisamente, reconocerá el valor de la magnífica novela contemporánea que junto a *En Busca del Tiempo Perdido* y *Contrapunto*, han venido a ampliar el concepto tenido de novela y a elevar dicho género literario de un mero valor narrativo ordenado de sucesos y de un análisis más o menos extenso del carácter de los personajes. Las tres obras citadas han realizado el ajuste estético de los múltiples planos y modalidades que ofrece la vida a la sensibilidad de un artista despierto ante los acontecimientos del sér.

Ahora, gracias a la feliz culminación del trabajo emprendido hace cinco años por el señor J. Salas Subirat, hemos podido leer *Ulises* en su versión castellana y apreciar cuantos méritos antes habíamos entrevisto en deficientes lecturas ocasionales realizadas en la versión francesa o en capítulos publicados por diferentes revistas editadas en nuestra lengua. En torno al *Ulises* habíase tejido una especial leyenda que convertía a esta novela en intraducible, achacándose dificultades insalvables cual palabras caprichosamente formadas por Joyce, o nacidas de la imaginación gracias a su dominio de varias lenguas, y, además, como princi-

pal obstáculo, el empleo desmedido de vocablos puramente locales y extensos detalles referentes a una ciudad: Dublin. Ahora, ante la versión castellana que ha salido de las prensas del editor Santiago Rueda, la leyenda queda desvalorizada, si es que antes podía tener algún peso de consideración ante la evidencia de una versión francesa tenida como modelo de versiones —nos referimos a la de Valéry-Larbaud— y a otras varias realizadas en diferentes idiomas.

Desde luego la primera duda que surge ante el lector de *Ulises* es la de que si se comprende. Y escribimos duda, porque realmente esta es la sensación que sentimos. En renglones y renglones seguidos de lectura, vamos adentrándonos por lo que muy bien podríamos llamar el secreto de Joyce, ese secreto que nos entrega y que aspira a no ser disuelto, a permanecer secreto. Es decir, a que no le entendamos. En torno a esto, igualmente hase tejido otra leyenda rezando sobre una supuesta anormalidad del autor. Pero como indicábamos en el principio de estas líneas, a medida que avanzamos la duda se disuelve en nuestro propio sér, y el secreto joyciano conviértese en el secreto particular de cada lector. (Mayor entrega de un autor a sus lectores no la recordamos en ninguna muestra de la literatura universal). Y esta entrega será completamente un hecho real si el lector se despoja de la posición acomodaticia que entienda al autor en la obligación de allanar el camino al que lee, que tiene por primera obligación repasar el paisaje cual lo hace la pupila distraída, sin esfuerzo y sin violencia. Por el contrario, el camino joyciano hacia la meta es muy otro. Joyce, como pensador y filósofo, debía saber muy bien que el cerebro humano trabaja en dos dimensiones, tiempo y espacio, que el espacio es la mera captación visual, que el tiempo es la premisa necesaria para elaborar las sensaciones y convicciones. El, Joyce, ante la necesidad de comunicar su gran secreto, realiza un magistral planteamiento espacial y

deja al lector fabricar su tiempo, lograr su tiempo, conseguir la sensación necesaria para comprender el secreto. Plantea una enorme sinfonía visual, donde los múltiples acordes son permanente excitación obligante para mantener puesta la atención en las ochocientas páginas de la novela, mientras va apareciendo y nublandose la serie de personajes y sucesos que ocurren entre los habitantes de una ciudad moderna, desde que amanece hasta que vuelve a señalarse el acorde preventivo de un nuevo despuntar del sol por el horizonte.

La multiplicidad del planteamiento espacial de Joyce, muy bien lo compara su traductor Subirat con el lente de una cámara fotográfica. El ojo humano enfoca una escena y la retina recoge todos los detalles que, en un determinado momento, el cerebro ordenará en dos dimensiones, dejando en permanente desenfoque todo aquello que, percibido por la concavidad de la retina, no ha merecido nuestra especial atención. La cámara fotográfica lo recoge todo, el grupo de personas enfrentadas, los detalles de sus vestimentas y la fisonomía completa de la habitación en que fue tomada la fotografía. Trabaja sólo en dimensión espacial. Pero ahora bien, ¿es que al sér humano se le escapan los demás detalles que en determinado momento no da prelación el cerebro al trabajar en la dimensión tiempo? No. Claro que no. Si vamos por una calle conducida no pensamos en todos los múltiples acontecimientos que suceden, pero ellos, independientemente de nuestra atención, concurren a formar el ambiente que influirá, en forma indirecta, en nosotros. Joyce comprende todo esto, cuando sitúa a Bloom ensimismado contemplando intimidades medio entregadas por una linda joven; los demás pormenores del paisaje sensitivo andan trabajando en su sér, andan incorporándose a él, influyéndolo, sosteniéndolo como sér vivo cuyo organismo material trabaja acorde con todo cuanto le rodea. Por esto oímos el tilín tilán de la campanilla, el estallido del

cohetes, la voz apagada por la distancia, el manso llegar de las olas a las arenas de la playa, y todos los otros detalles, con casi una misma simultaneidad que la cámara fotográfica registra todos los detalles de una escena. Y la labor de Joyce, por otra parte, no puede ser comparada con la de la fotografía sino es como ejemplo con el cual medio nos explicamos. La fotografía que consigue el autor no sólo la vemos con los ojos, la sentimos con el corazón, la escuchamos con los oídos y la analizamos con nuestra propia conciencia. Nos habla directamente al sér. Si tuviésemos que definir en pocas palabras el procedimiento logrado, diríamos: nos entusiasma con la realidad desnuda y nada críptica. Una realidad que es *completa realidad*, que se apodera de nosotros tan perfectamente como si la estuviésemos viviendo con todos sus dolores y alegrías. Y, además, una realidad que se entrega desnuda de retórica y de sentimientos particulares y si ella va envuelta en una cálida atmósfera poética que medio la idealiza, es en propia virtud de la naturaleza humana que suaviza y enriquece la mera percepción natural de los elementos.

Creemos que se ha dicho ya que *Ulises* es una perfecta épica. Y así es. Como tal, el lector se da cuenta cómo dentro del extenso monólogo no hay autor, no aparece, no opina, no nos conduce de la mano. No nos dice nada de los personajes, dejando que los comprendamos por el desfile de sus acciones presentes. Diríase que el autor supone los conocemos a todos desde hace bastante tiempo. Y ¿no es así? ¡Claro!, todos son viejos conocidos, en cada uno reside bastante intención para apreciarlos y reconocerlos como partes integrantes de un todo, de ese todo espacial conseguido que culmina con la entrega del secreto de un día cualquiera de nuestra vida.

Joyce recorre sin el menor impedimento moral o traba literaria, el completo panorama humano, como si lo hubiera abarcado, de una mirada, en representación fantástica proyectada en una más fantás-

tica pantalla donde estuviesen, en desorden, todas las sensaciones recibidas en cualesquiera determinadas veinticuatro horas. Para él, no hay barreras, la meta ha de conseguirse incorporando los elementos necesarios. En esto, por lo desusado, quizá radiquen muchos de esos pretendidos defectos que se le atribuyen. Para orquestar la sinfonía, no duda de trabajar con cuanta libertad pueda entrar en feliz cooperación. Respecto a la pretendida amoralidad de ciertos personajes, habremos de indicar que es otra semejante leyenda a la de la criptomanía de sus páginas o a la forma intraducible de la obra. Joyce no puede pecar de amoralidad por el solo hecho de que en sus descripciones *escabrosas* no hay intención de ningún género. El monólogo corre suelto y ajeno a la amoralidad, ajeno al perjuicio, con un tono de perdón, de buena fe, de amor hacia el mismo personaje que en ese momento parece estar pensando amoralmente, y, además, con la maestría de que ese personaje, colocado fuera de la pretendida moralidad, no es otro que el lector que se encuentra reuniendo los detalles de la *fotografía* presentada por Joyce para hacerla vivir en el cerebro mediante el propio valor tiempo del lector-personaje.

También se ha discutido bastante sobre la originalidad joyceana. Por nuestra parte, para dictar juicio en el debate, nos resulta imposible desconocer lo anterior a *Ulises*, y por eso, creemos que más que originalidad en *Ulises* hay culminación de un empeño que en repetidas ocasiones había ya cruzado por la literatura universal, pero que nadie, hasta Joyce, había obtenido tan perfectamente.

Respecto a la mera forma empleada por el autor de *Ulises*, nos referiremos a ella en consonancia con su contenido, y ampliando lo ya escrito vamos a extendernos transcribiendo textuales palabras de Esteban, personaje de la novela: “Entonces el gesto, no la música, ni los olores, sería el lenguaje universal, el dón de lenguas haciendo posible no el sentido vulgar sino la primera entelequia, el rit-

mo estructural.” Palabras que vamos a colocarlas seguidas de otras pronunciadas por el héroe máximo de *Ulises*, por Bloom, que abarcan todo un contenido amoroso de la obra y de la propia obra vivida por James Jayce: “Déjame ir ahora, patrona, pues por todas las cabras de Connemara que acabo de pasar una batida de órdago. (Con una lágrima en los ojos). Todo es locura. El patriotismo, la pena por los muertos, la música, el porvenir de la raza. Ser o no ser. El sueño de la vida ha terminado. Terminarlo en paz. Ellos pueden seguir viviendo. (Mira tristemente a lo lejos). Estoy arruinado. Unas pastillas de acónito. Las cortinas bajas. Una carta. Después acostarse a descansar. (Respira suavemente). No más. He vivido. Adiós.”

Tal es la obra —novela tenida ya como clásica— que dentro de un aparente eripiticismo y de un no menos aparente espiritismo nihilista, se convierte ante la paradoja de describirlo todo para no relatar nada, en una de las mayores muestras literarias de intenso contenido vital.

CLEMENTE AIRO

*

LOS ESCEPTICOS GRIEGOS.—Por Víctor Brosard. Traducción de Vicente Quintero. Editorial Losada, S. A.—Biblioteca Filosófica, publicada bajo la dirección de Francisco Romero. Buenos Aires, 1945.

Con la publicación de *Los escépticos griegos* comienza a cumplirse la promesa hecha por Francisco Romero, en el prólogo de los *Estudios sobre Sócrates y Platón*, de dar a conocer al público español todas las obras de Víctor Brochard, autor de estos dos libros.

Brochard es uno de los historiadores de la filosofía más respetables con que cuenta Francia. Formado bajo el magisterio de Remouvier, entró al mundo filosófico en 1879 con su tesis de grado

Sobre el error, inspirada por aquél. Pero pronto cayó en la cuenta de que su verdadera vocación estaba en el campo de la historia, a la que se dedicó por completo. En 1887 publicó *Los escépticos griegos*, libro que lo consagró, pues en corto tiempo se convirtió en un tratado clásico sobre la materia. Posteriormente siguió dando cuenta de su portentosa erudición y agudeza crítica en innumerables trabajos que fueron recogidos después de su muerte en el volumen titulado *Etudes de philosophie ancienne et de philosophie moderne*.

A pesar de los años pasados desde la fecha de publicación de *Los escépticos griegos*, durante los cuales ha avanzado tanto la historia de la filosofía, todavía hay que recurrir a este libro para estudiar el escepticismo en la antigüedad. Allí se encuentra una visión completísima de los orígenes, el desarrollo y las consecuencias de este importante movimiento filosófico, donde no falta ninguno de los materiales existentes sobre el asunto, ni interesantes puntos de vista originales.

Antes de entrar a tratar el escepticismo como escuela, Brochard estudia sus orígenes en la escuela de Elea y en los sofistas. Los eleatas, con su distinción entre conocimiento sensible y racional, y con su descubrimiento de la dialéctica, señalaron el camino a seguir al escepticismo, y le dieron su más temible arma de combate. Los sofistas ya son escépticos declarados, pero Brochard, mediante agudas consideraciones, los separa de los verdaderos escépticos, que tienen su primer representante auténtico solamente al aparecer Pirrón.

Brochard divide la historia del escepticismo en cuatro períodos. En el primero, denominado *escepticismo moral*, encontramos estudiados a Pirrón y Timón, como figuras centrales; en el segundo, el de la academia nueva, a Arcesilao y Carnéades; en el tercero, el *escepticismo dialéctico*, a Enesidemo, y en el cuarto, el *escepticismo empírico*, a Sexto Empírico.

Como se ve, Brochard acepta la división tradicional. Solamente difiere de ésta en

un punto importantísimo: en que lo que se había considerado tradicionalmente como un solo período, el denominado *escepticismo nuevo*, lo divide en *escepticismo dialéctico* y *escepticismo empírico*. La mayor parte de los historiadores había involucrado en el *escepticismo nuevo* a todos los filósofos que se sucedieron desde Tolomeo hasta Sexto Empírico, sin establecer ninguna distinción entre ellos. Brochard establece, en cambio, una rígida separación entre dos corrientes de esta etapa. Una de ellas, la representada por Enesidemo, fue meramente dialéctica, mientras que la otra, representada por Sexto, fue empírica, hizo alianza con la secta médica y está animada por un espíritu completamente distinto.

La traducción de este libro no deja nada que desear, ni en cuanto a la exactitud ni en cuanto al estilo. Sólo queremos hacer una observación de lectores curiosos. En la página 103 se encuentra una anécdota tomada de Diógenes Laercio. Es aquella en que Arcesilao le pregunta a Timón que por qué ha vuelto de Tebas, y éste le responde: "Para verte de frente y reírme de ti." Pues bien, don José Ortiz y Sanz, en su versión de Diógenes, traduce: "Para reír de vosotros al veros tan anchos y extendidos" (1). Además,

(1) *Diógenes Laercio*, Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres, pág. 494. Traducción de José Ortiz y Sanz. Buenos Aires. 1940.

Ortiz traduce la pregunta en forma distinta. Arcesilao no pregunta a Timón por qué ha vuelto de Tebas, sino por qué ha vuelto a Tebas. De manera que si la traducción de Ortiz es exacta, la burla de Timón no va dirigida contra Arcesilao ni contra los atenienses, sino contra el territorio ateniense, que quizá se divisaba en su integridad desde algún punto del camino que conducía a Tebas. Aun cuando este es un detalle que carece de importancia, merece una confrontación de textos, para que el traductor ratifique o corrija su versión, si el error no es de Brochard.

Con la traducción de *Los escépticos griegos* se presta un servicio incalculable a los estudiantes de filosofía que no tienen a la mano el original francés. El escepticismo es una de las corrientes más importantes de la filosofía, es una tendencia constante del espíritu humano, que encontramos en toda la historia de la filosofía. Puede decirse que nace con la filosofía. Ya en los primeros filósofos la encontramos. Ya el planteamiento del problema de la substancia primordial implica el escepticismo, porque al hacerlo se está dudando del conocimiento que nos suministran los sentidos y se quiere buscar, por medio de la razón, lo que hay detrás del mundo sensible. En la constitución del racionalismo moderno lo encontramos como escepticismo metódico en Descartes. Y en la filosofía nueva no hay que olvidar la *epojé* husserliana, de indudable estirpe pirrónica, aun cuando difiera tanto de la *epojé* del escepticismo absoluto. Además, en toda meditación la hallamos como el freno que castiga la soberbia de la razón, que en libertad tiende a perderse en el vacío. Pero sólo encontramos un escepticismo coherente y con las características de escuela, donde no falta la genialidad y la grandeza, en Grecia. Por eso es necesario estudiarlo allí, para verlo en su esplendor y su miseria. Y este libro del historiador Brochard es irremplazable para realizar esta tarea.

D. C.

*

PAPELES PARA UNA FILOSOFÍA.
Por Francisco Romero. Editorial Losada, S. A. Biblioteca Filosófica. Buenos Aires, 1945.

El profesor Francisco Romero no necesita ser presentado en nuestro país. Desde hace años se le señala como al gran maestro de la filosofía latinoamericana, y sus libros son leídos y consultados por los estudiantes y por las personas interesadas en las disciplinas filosóficas. Ro-

mero es, pues, ya una figura familiar para nosotros. Y esta familiaridad no la ha producido solamente la alta calidad de su obra, que nos obliga a estar en contacto diario con ella, sino también las cordiales relaciones que ha sostenido el profesor argentino con nuestro medio filosófico. Su voz de aliento se ha dejado oír varias veces en este lado de América; últimamente se ha mostrado interesado por los destinos de nuestro Instituto de Filosofía y Letras, y ahora se incorpora más a nosotros principiando a colaborar en la Revista de la Universidad con un trabajo sobre la ontología de la cultura, que aparece en esta entrega. Se podrían comentar algunas aportaciones originales a la filosofía de la cultura consignadas en este ensayo, pero aquí sólo nos proponemos reseñar el último libro del profesor Romero *Papeles para una filosofía*.

En *Papeles para una filosofía* recoge Romero varios ensayos publicados ya en su país. En todos ellos reaparece el estilo ágil, elegante y riguroso que estamos acostumbrados a leer en sus libros anteriores; su prodigioso conocimiento de la filosofía contemporánea, la cual parece que no guarde ningún secreto para él; la aguda inteligencia y originalidad con que sabe tratar los problemas filosóficos, y, principalmente, la novedad, la absoluta novedad. Sobre esta última virtud de los escritos de Romero habría mucho que hablar. Sería necesario recordar la época de aparición en el mundo americano de muchos temas y nombres que ahora constituyen el centro de interés de nuestra filosofía. En este libro, por ejemplo, hay un estudio titulado *Contribución al estudio de las relaciones de comparación*, que es el primer aporte en lengua castellana al esclarecimiento de esta cuestión. Pero, sobre todo, hay que llamar la atención sobre los ensayos —que quizá le dan el título al libro— *Programa de una filosofía* y *Trascendencia y valor*, porque constituyen un punto de confluencia de todos los trabajos anteriores de Romero y anuncian una doctrina original.

Sostenemos que en estos ensayos se anuncia una doctrina original, aunque no lo parezca a primera vista. Allí se intenta una interpretación de la realidad a la luz de la noción de trascendencia; se esboza, pues, una metafísica de la trascendencia. Para Romero el ingrediente positivo de la realidad es la trascendencia, pues es un ímpetu que atraviesa todas las esferas de los entes y los hace ser lo que son; nada se escapa a este ímpetu determinante de la trascendencia, porque se derrama a través de lo físico, lo orgánico, lo psíquico hasta devenir trascendencia pura en el espíritu. De manera que si queremos aprehender la más íntima índole de la realidad, tenemos que concebirla como el escenario donde la trascendencia se realiza. Y esto es lo que intenta el filósofo americano, dentro del esquematismo que impone un programa que tendrá que esperar largos desarrollos.

A primera vista no aparece por ninguna parte la originalidad de este programa, porque este papel de la trascendencia ha sido aceptado por la filosofía y las ciencias en sus campos particulares de investigación. En la realidad física, la doctrina de Demócrito y sus seguidores que concebía el átomo como un núcleo de inmanencia, ha sido totalmente rechazada, y la física actual considera el átomo como un núcleo activísimo de trascendencias físicas. En lo orgánico, el mecanismo de Darwin, que envolvía en sí un inmanentismo resuelto, ha sido también rechazado, y se afirma la esencial trascendencia de la vida. Frente a la psicología asociacionista, y por lo tanto inmanentista, desde Brentano se acepta el carácter intencional de la conciencia, que es lo mismo que aceptar su trascendencia. Y después de las profundas meditaciones de Scheler, tenemos que adjudicarle también al espíritu la trascendencia. De manera que en todas las esferas de lo que es, las ciencias y la filosofía que se reparten el estudio de la realidad ya señalaron la trascendencia como noción indispensable para comprenderla. Pero la originalidad de Romero re-

side en otra parte, además de la aguda visión de historiador de la filosofía que se requiere para descubrir la nota esencial de la filosofía y las ciencias contemporáneas.

Dicha originalidad reside en el intento de extender esta nota de la trascendencia a la realidad entera y en su utilización para el esclarecimiento de interesantes problemas filosóficos.

Según Romero, no solamente existe la trascendencia dentro de las escalas de los entes, y entre escala y escala, sino que la trascendencia domina la escala entera. La realidad constituye una escala de entes en que la trascendencia se va realizando, un escenario donde la trascendencia se realiza. Y en esta realización, la trascendencia va siendo el director de escena de lo que ocurre en la realidad, pues los entes no son más que instrumentos de la trascendencia. De manera que, en último término, *ser es trascender*.

Esta interpretación es de una utilidad incalculable para destruir algunos equívocos ontológicos, porque nos permite comprender la relación existente entre los entes, que antes se había visto como una confusión, y porque nos da una noción segura para sostener el evolucionismo, sin la mezcla materialista que parece lo acompaña casi siempre. Veamos rápidamente esta aplicación de la doctrina de Romero. La escala de los entes está organizada en tal forma que vemos como si las escalas superiores fueran naciendo de las inferiores. De lo inorgánico, brota lo orgánico, pues, aunque esta última escala posee una categoría peculiarísima que impregna toda su estructura, está constituida fundamentalmente de elementos inorgánicos. Lo mismo puede decirse de lo psíquico con respecto a lo orgánico. Lo psíquico está montado sobre lo orgánico, y lo supone, parece que fuera un producto suyo. Y, finalmente, el espíritu se asienta sobre la psique, a pesar de que es una realidad diferentísima. Pues bien, debido a esta relación entre las escalas de los entes, en la historia de la filosofía se ha

intentado varias veces interpretar esta relación como una dependencia. Esto ha ocurrido, por ejemplo, con el materialismo que identifica lo orgánico con lo inorgánico; con el biologismo, que reduce lo psíquico a lo biológico; con el psicologismo, que reduce el espíritu a la psique, y si existiera una escala inferior a la inorgánica, se habría reducido lo inorgánico a dicha escala, y si existiera otra escala superior al espíritu, se habría reducido dicha escala al espíritu. Estas confusiones pueden hacerse insostenibles aplicando la noción de trascendencia a la escala de los entes. La trascendencia es lo que hace que existan las relaciones señaladas. Ella necesita ir superando etapas, creciendo, y en este ímpetu de crecimiento va haciendo surgir nuevas escalas de la realidad, que son completamente distintas de las anteriores, porque poseen categorías que no encuentran en ellas, pues se las ha suministrado la trascendencia en un grado superior de su trascender. Hay, pues, una relación entre las escalas, pero sólo en el sentido de que la trascendencia necesita de la escala anterior para ascender a la superior, en su ímpetu creador; y hay también evolución, pero no una evolución mecánica, sino una evolución regida por la trascendencia.

Romero utiliza también esta noción para trabajar sobre otros problemas; es una lástima que sólo dé ligeras indicaciones, que si se llegan a desarrollar constituirían unos de los capítulos más interesantes de la obra que se esboza en este programa. Así, por ejemplo, pide una filosofía de la historia que divida las épocas en épocas de predominio de la trascendencia, como la medieval, y épocas de predominio de la immanencia, como la moderna; también pide una historia de la filosofía que divida la evolución del pensamiento en la tendencia imanentizadora y la trascendentizadora, que nos permitiría mirar la historia filosófica desde un interesante y fecundo punto de vista.

Estos ensayos de Romero están, pues, repletos de interesantes ideas que al ser

desarrolladas permitirán elaborar una filosofía originalísima, un sistema de filosofía, aunque Romero sea tan enemigo del sistematismo. En esta nota no podemos repetir todo el programa, pues necesitaríamos decir lo que Romero ya dijo en su libro, que está a la mano de todo el mundo.

Decíamos al principio de esta reseña que en estos ensayos confluyen todos los trabajos anteriores de Romero. Es necesario aclarar este aserto. Romero se ha preocupado, principalmente, por filiar la filosofía de nuestro tiempo. Casi no hay un tema de la filosofía actual sobre el cual no haya recaído su atención. Y de todos estos análisis ha sacado la consecuencia de que la filosofía nueva es de indudable estirpe romántica. Pues bien, su programa de filosofía es un intento de reunir en una sólida arquitectura todas las conquistas de la filosofía actual, en lo que se refiere a los puntos de su esquema. Y aquí han encontrado acomodo sus profundas y originales interpretaciones de la filosofía nueva. También ha encontrado aquí su acomodo la interpretación de la filosofía actual como un desarrollo de temas románticos, porque declara que utiliza en su programa nociones románticas, como son la de estructura, evolución y trascendencia, y que si se quiere encontrar un antecedente de su filosofía, es necesario buscarlo en el romanticismo. Por esto hemos afirmado que en estos trabajos ha llegado toda la meditación de Romero a su punto de confluencia.

No obstante el gesto modesto de divulgador con que el profesor Romero entregaba al público americano sus trabajos anteriores, podría decirse que todos ellos son una preparación de la filosofía que ha esbozado últimamente, cuya originalidad hemos señalado en esta nota rapidísima.

Danilo Cruz Vélez

“EL RIO SALVAJE.—Por Anna Louise Strong. Editorial Futuro. Buenos Aires, 1945.

Atrayente y sugestiva personalidad, desde cualquier punto de vista que se la mire, resulta la de la notable escritora norteamericana Anna Louise Strong, una de cuyas últimas obras, la novela *El Río Salvaje*, ha sido publicada por la Editorial Futuro de Buenos Aires en una pulcra versión española.

Nacida en 1895 en una población del Estado de Nebraska, Anna Louise Strong fue una de las primeras mujeres norteamericanas que, luchando contra los arraigados prejuicios de su tiempo, concurrió a las aulas de la Universidad de Chicago, donde alcanzó el título de doctora en medicina, que puso muy pronto al servicio de la infancia de su país, bajo el apremio de sus renovadoras convicciones sociales. Más tarde, en 1921, viajó hacia la Unión Soviética haciendo parte de una misión alimenticia de socorro, por medio de la cual el pueblo norteamericano quería expresar su solidaridad humana hacia el pueblo ruso, que se debatía entonces en medio de una titánica lucha para consolidar aquello que había ganado al romper las cadenas de su secular esclavitud. Desde entonces esta mujer extraordinaria consagró su vida a la hermosa tarea de contribuir con su aporte personal y directo a la realización práctica de los generosos ideales que desde tiempo atrás tenían albergue en su noble corazón.

Este libro que ahora comentamos es el fruto de su propia experiencia personal. Como ella misma lo dice en el prefacio, *El Río Salvaje* es “la esencia destilada de mis veinte años en la Rusia Soviética”. En sus páginas de fresco vigor literario se describe la heroica gesta de la construcción de la represa del Dnieper, esa portentosa hazaña de la técnica moderna, el esfuerzo y el sacrificio de un pueblo que, en medio de las más terribles dificultades, enfrentado a una lucha a muerte contra sus más implacables enemigos,

tuvo sin embargo las reservas de energía que le permitieran acometer y realizar esa obra gigantesca, ante cuya inevitable destrucción no vaciló después cuando la defensa de su territorio, víctima de injusta agresión, impuso ese inmenso y doloroso holocausto.

Se trata de una novela. Pero no de una novela cualquiera. En todos los capítulos de este libro impera un puro y fuerte aire de juventud. Sus personajes actúan en un mundo convulsionado por la más violenta tempestad social que registre la historia. Pero sobre sus cabezas brilla un nuevo y hermoso sol de libertad recién descubierta. En ese gigantesco escenario los protagonistas viven al borde del caos y la catástrofe, pero de esas mismas circunstancias brota una radiante fuerza, la fuerza del pueblo en marcha, que guía a la humanidad transida por el dolor hacia un noble ideal, hacia un generoso objetivo de emancipación por medio del esfuerzo colectivo.

Presentar este extraordinario fenómeno de nuestra época, interpretarlo fielmente con ojos despejados de prejuicios, con sincera emoción y auténtico realismo, constituye el acierto principal de esta obra de Anna Louise Strong, donde se ponen de presente, en plena madurez, sus grandes cualidades de novelista, que se anunciaban ya en sus libros anteriores.

Pudiera pensarse que *El Río Salvaje* es un libro de propaganda proselitista. Pero está muy lejos de ser eso. Se trata de una obra de extraordinario valor humano, de fresco realismo, escrita bajo el dominio de una inagotable emoción. Sus protagonistas nos cautivan irremediablemente. Nos hacen vivir al lado suyo con intensa plenitud. Al través de sus vidas accidentadas, llenas de dramáticos episodios, nutridas en una insobornable fe en el porvenir, asistimos al incomparable espectáculo del nacimiento de una nueva era social. Anna Louise Strong nos conduce hasta el fondo de esos corazones jóvenes, agitados por generosas pasiones, que ella ha tenido el privilegio de sentir palpar

al ritmo acelerado de una nueva vida. El alma rebelde de Stepan Bogdanov, la eficacia estoica de Nicolai Ivanovich, el puro y heroico amor de Stesha Orlova, el sencillo sentimiento del deber de Ana Kosarova, nos muestran las exactas dimensiones dentro de las cuales discurre la existencia de esta recién nacida humanidad. Este libro, mejor y más objetivamente que cualquier tratado de sociología, nos ayuda a comprender el gigantesco experimento que se realiza con éxito en una sexta parte de la tierra.

Alvaro Sanclemente

*

EL DELITO COMO ESTRUCTURA. Laureano Landaburo (h). Apartado especial para el Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social. Publicado en la *Revista de Derecho Penal*. Buenos Aires, 1945.

Las nuevas corrientes de la filosofía jurídica nacidas al calor de las brillantes exposiciones de Husserl y de Kelsen han hecho surgir en la tierra del Plata una generación de estudiosos e investigadores infatigables de la verdad del derecho, tratando de hallar en la ley, y en sus contenidos de conducta humana, su explicación positiva y su razón de ser.

El delito como estructura, monografía que aúna el dominio teórico de la materia con la experiencia del magistrado y del expositor, delinea una concepción que hace enrutar al derecho penal por los campos del verdadero positivismo; un positivismo positivista. Planteando la noción de la estructura en el ámbito de los objetos mundanales y de los objetos egológicos, presenta al delito, conducta humana que condiciona la imposición por el juez de una pena a su autor, como conducta jurídica ilícita, como objeto egológico, como vida humana viviente, y, desde luego, como una estructura, como una totalidad no a la manera de una edición sino como

un todo, como el conjunto de partes o contenidos que se hallan envueltos en una fundamentación unitaria.

Más si el delito es vida humana viviente, es un episodio o tramo de la vida del hombre actuando en sociedad, susceptible de ser apreciado correctamente, sólo si se lo aprehende en su conexión con el sentido o significado de la vida valorado en su totalidad, no es el método positivo trascendente el adecuado para su conocimiento dividiéndolo en elementos cuya demostración y suma dan el ser de la infracción, sino que a ella hay que ir por medio de la captación integral de la conducta. La psicología asociacionista, analítica, queda sustituida por las concepciones de Dilthey, Spranger y sus continuadores. Por eso ya el conocimiento del delito se configura como conocimiento de la vida viviente del delincuente actuando en sociedad, es decir, en cuanto dicha vida se interfiere con la de otros hombres de la comunidad. En tales circunstancias la infracción no se contempla, como actualmente, como una conducta pasada sino como una integración a la totalidad de la vida humana con antecedentes y consecuentes en ella que lo hacen permanente en la actividad del delincuente. Es interinfluencia del pasado, el presente y el futuro y es coexistencia de pretérito y porvenir en el presente.

Ya no el análisis como sostiene la teoría predominante garantiza el conocimiento del juez sobre el delito, sino que únicamente el método empírico-dialéctico constituido sobre un acto gnoseológico de comprensión puede servirle para ello, mediante el proceso por el cual se llega a conocer la vida psíquica partiendo de los signos sensibles que la exteriorizan. Pero la teoría predominante no puede llegar a esta comprensión por su desconocimiento de las normas jurídicas individualizadas y por pretender medir la experiencia humana con la misma calidad de tiempo utilizada por la ciencia de la naturaleza: para la ley el delito es una realidad futura, para el juez un hecho

26

pasado, cuando en verdad la conceptualización de la realidad con la norma jurídica individualizada y medida con el tiempo existencial es lo que capacita para aprehender el delito como vida humana presente.

Apreciando el delito en su condición de episodio de la vida total del delincuente en interferencia intersubjetiva, puede complementarse su conocimiento mediante el análisis de sus diferentes aspectos. Pero este análisis, de tipo lógico o intelectual, no procura separaciones materiales sino distinción, en sentido husserliano, de momentos, sin olvidar el carácter estructural del delito ni la fundamentación unitaria que envuelve al todo y a sus partes y que hace, precisamente, que el todo sea un todo y las partes, partes de dicho todo.

El análisis intelectual posibilita la separación, en el delito, de un plano conceptual o lógico de otro ontológico: la norma jurídica y la propia conducta del delincuente, el delito como objeto, la norma como concepto, de cuya relación ha de inferirse la licitud o ilicitud de aquella, que no es un juicio valorativo sino un simple juicio de relación. De su parte el análisis de la conducta delictual tiene la particularidad de que, como toda conducta, se ofrece a la intuición en dos estratos: uno ontológico, en el cual se considera el existir de la conducta en tanto es existencialidad: otro óntico, en el cual se considera aquel existir en tanto es existir. Desde el primer punto de vista se va al ser de las cosas; desde el segundo a las cosas en su ser. Lo ontológico remite al sentido; lo óntico al fenómeno natural de la conducta, en el cual se distinguen dos momentos: uno físico y otro psíquico, no el sentido cartesiano de diversidad entre la sustancia pensante y la extensa, sino como medio práctico dado al juez para la apreciación del momento psíquico de la conducta, sólo posible a partir del momento físico de la misma.

Así, del principio de que el derecho es un objeto natural y su conocimiento se alcanza por comprensión, el juez arriba al

del delito como un todo simple pero abierto, y no por etapas separadas. No es ya el conocimiento de él mediante la culminación de las distintas etapas: aspecto físico adecuado a un tipo; antijuridicidad; imputabilidad; responsabilidad; ausencia de excusa; graduación de la pena, sino apreciación del caso como conjunto de circunstancias para después apreciar en su sentido jurídico, volviendo a aquél para comprobar si le corresponde ese sentido y regresando a la vivencia del sentido para hacer notar lo hasta entonces inadvertido, y en un verdadero movimiento circular que transporta del caso al sentido y de éste a aquél afinar su conocimiento hasta llegar a la decisión definitiva.

Trasladada la teoría al campo práctico para catear su bondad, véase cómo dentro de la teoría predominante la sentencia no corresponde en su trámite a un silogismo, como se ha sostenido. Con anterioridad al planteamiento silogístico el juez realiza una labor que no aparece reflejada en la pura deducción. En el silogismo los hechos probados aparecen esquematizados en la premisa mayor, pero para presentarlos en ese esquema se ha debido orientar por la ley, lo que hace que antes del planteamiento del silogismo su atención hubiera estado puesta en una norma determinada inspiradora de toda su tarea. Tampoco hay similitud entre el trabajo judicial y el silogismo porque no muestra cuál es la función creadora que corresponde al intérprete de la ley.

En cambio, el primer contacto entre el juez y el caso se establece con los hechos, dando lugar a una interrogación de carácter gnoseológico que presidirá el desarrollo del problema judicial. El juez trata de conocer. Sabiendo de un hecho, el funcionario lo valora provisionalmente para, en forma paulatina, ir afinando esa valoración hasta darle apoyo definitivo y sólido. Pero simultáneamente a esta valoración provisional (sentir el hecho como injusto, como contrario a los principios básicos de la sociedad, como digno de sanción penal), dirige su pensamiento a

las varias normas del código penal, deteniendo su atención en aquellas que describen conductas semejantes, y pasa del hecho a la calificación legal para, una vez conocidas todas las circunstancias de él y determinada la norma, precisar definitivamente esa calificación. Esta labor del juez para llegar a la sentencia no es nada distinto del conocer por comprensión.

Esta monografía de Laureano Landaburu representa un magnífico esfuerzo que relleva una vez más la personalidad del autor, para explicar el mecanismo de la labor judicial al través de un verdadero derecho positivo con todas sus dificultades y con toda su humanidad. Para quienes se interesan en las cuestiones de fondo del derecho penal, especialistas y aficionados, ella será fuente de inquietudes y de curiosidades nuevas. Para los jueces, sobre todo entre nosotros, cuya labor es de inerte adaptación a la letra de la ley, su lectura será benéfica como enseñanza.

Mario García Herreros T.

*

BASES PARA UNA MORFOLOGIA DE LOS CONTACTOS DE CULTURA.

Por *José Luis Romero*. Buenos Aires, 1944.

No cabe dudar de que al distinguido ensayista de la historia José Luis Romero, profesor de historia de la historiografía en la Universidad de Buenos Aires, le debe hoy la meditación americana sobre esta clase de temas los más frecuentes y valiosos aportes. A este claro y excelente escritor le adeuda la ciencia histórica entre nosotros el haber hecho recaer sobre ella la reflexión filosófica, y la filosofía el haberle encontrado un tema de tanta actualidad e interés como el acontecer histórico. Todo lo cual quier decir que en el profesor José Luis Romero se da una disciplina superior —la de la indagación filosófica de la historia—, en

vivo contraste con todo el pasado de nuestras culturas. En verdad, si hay algo que no puede discutirse es la forma de mera crónica con que se afrontaban los hechos históricos entre nosotros, siendo todavía muy raras las manifestaciones de opuesto cariz que, como en el caso de José Luis Romero, signifiquen una etapa de verdadera reflexión sobre la historia y sobre la cultura en general.

Tal fenómeno no era muy posible que pudiera producirse en América. Ello se debe a la falta de una cultura filosófica, al fin y al cabo la única capaz de elevar los estudios de la historia y de la cultura a un rango más elevado que la mera narración, es decir, al rango de la filosofía de la historia. Una anticipación para quienes vengan después serán los trabajos del profesor José Luis Romero, que con sutileza reflexiva y vastos conocimientos en el campo historiográfico lanza periódicamente a la publicidad ensayos como éste sobre los contactos de culturas que acabamos de leer.

Romero parte en su trabajo de un hecho interesante, que parece señalar con especial interés. Se trata de que, al mismo tiempo que es patente la existencia de culturas con una caracterización específica, caracterización engendrada también por una específica cosmovisión de cada cultura, se observa que entre algunas culturas se dan fenómenos en que la especificidad de cada cultura ha quedado como sobrepasada por evidentes analogías. ¿Cómo puede ser que, entre dos cosmovisiones —las cosas más radicalmente diferentes entre sí— se produzcan paridades por este o aquel otro aspecto? ¿Si la cosmovisión consiste en mirar el mundo por un solo aspecto, caben semejanzas entre dos o más cosmovisiones? La observación, sin remedio, lo confirma, y sólo interesa ahora perseguir la manera cómo tales analogías de culturas se han producido.

De este interrogante se desprenden, como por lógica conexión, otros de suma importancia para llevar a cabo una rigu-

rosa indagación filosófica del tema. Importa averiguar, entre otras cosas, por los nexos que las relaciones posibilitadoras de los contactos de culturas han establecido. Además, conviene aclarar, con palabras textuales del profesor José Luis Romero, en qué medida la adopción de formas exógenas constituye lo que se ha llamado "un comportamiento contra el estilo". Por último se pregunta por la regularidad de formas con que tal proceso se realiza, formas cuyos rasgos habría que determinar dentro de la producción heterogénea de los hechos.

Todo esto tiene en el ensayo de José Luis Romero un desarrollo cabal, abundando las observaciones agudas y los ejemplos oportunos. Luégo de echar las bases para una indagación sistemática de la cuestión, pasa a estudiar las formas típicas de los contactos culturales. A la clasificación de Spranger, que trae como formas en que las culturas toman contacto la inmigración, la colonización, la recepción y el renacimiento, agrega Romero algunas otras, después de realizar algunas fragmentaciones dentro de las formas anteriormente citadas. Profundizando ejemplarmente en la causa de la regularidad de las formas de los contactos culturales, llega hasta descubrir como raíz última de tal regularidad fenómenos de orden psicológico que la producen. Si no se hace hincapié en estas causas de orden psicológico, será imposible sistematizar aquellas formas de contactos culturales. Es lo que hace el autor, después de haber sobrepasado la clasificación de Spranger, y es lo que hay que hacer, concluirá el lector, al cerrar las páginas de este trabajo, penetrante, sobrio y documentado, como corresponde a un ensayista que, como el profesor José Luis Romero, une a la cultura filosófica una dilatada información histórica.

*

LA CIUDAD JUNTO AL CAMPO, por Eduardo Mendoza Varela.—Ediciones *Espiral*, 1946.

Siempre que llega a mis manos un libro o un poema aislado escrito por un joven colombiano, lo estudio con la avidez de encontrar en él esa dimensión de que habla Jaime Ibáñez en su estudio sobre la función social del arte. En verdad, yo descartaría que la poesía de Colombia abandonara esa posición superflua, absurda y ciega que no tiene otro destino que dar vueltas y vueltas sin ruta alrededor de temas que hoy no tienen vigencia por sí solos y que sólo podrían justificarse como complementarios de los grandes temas humanos.

En *La ciudad junto al campo*, Mendoza permanece en su cuarto de poeta, de meditador de cosas abstractas que relaciona precisamente con un paisaje donde los hombres son sólo elementos decorativos. ¿Hasta cuándo? Para esta poesía importa sólo que el verso sea armonioso, que sea sonoro y que la imagen o la metáfora no se le haya ocurrido a nadie. Está bien. Que una metáfora no se le haya ocurrido a nadie y de golpe haga el hallazgo, es cosa que me entusiasma también. Pero si todo ese poder de sugestión y de creación se pusiera al servicio de otras cosas que no fueran las azoteas de las casas que alcanza a ver empinándose en el sitio desde donde escribe, desde donde describe sin emoción, sin tránsito poético una ciudad sin ubicación, sin lindes, sin nombre.

Y el canto a la luna *Ciclo lunar*, nos muestra sólo una paráfrasis de la *Oda a la luna de España*, de Luis Cernuda, tan ceñido en el verso y en ciertos aspectos melódicos y conceptuales que si bien es imposible transcribir versos completos, sí puede hallarse un clima general como "Sus trabajos vio luégo, sus cohabitaciones y otros seres pequeños vagando por la tierra"... (L. C.). "Allá tras de los

montes, su resplandor delata la presencia del mar"... etc. Con la diferencia de que Cernuda tiene un hondo, dolorido y firme sentido humano y Mendoza Varela sólo un lento fluir de imágenes y relaciones indirectas. Por otra parte el final del poema está demasiado cercano. Cernuda habla de que llegará un día en que la luna sólo verá en la tierra un lugar abandonado y si mal no recuerdo: "La belleza pura de la nada". Es exactamente lo que diez años más tarde dice Mendoza, casi con el mismo sistema poético. Pero como digo, no puede hablarse de influencia porque la influencia tal como yo la entiendo implica un estudio, una asimilación y una depuración del maestro. Es un acendrase, compenetrarse y comprenderse. Tampoco podríamos hablar de plagio porque el plagio implica el hurto directo de fórmulas poéticas internas o externas sin penetración del valor de ellas. Quizá podría decirse que es una imitación. En todo caso, es de anotarse este hecho que podrá entenderse mejor leyendo los dos poemas.

Se advierte, por otra parte, un grande y sólido dominio de la melodía, del verso como entidad artística y sobre todo como entidad verbal y gramatical. Eduardo Mendoza Varela es un poeta. Baste decir esto. Los poetas reconocen categorías *supra-poéticas*, digamos, pero tienen que ser poetas, y Eduardo Mendoza lo es. Este pequeño libro lo define como tal.

*

REVELACIONES ARTISTICAS Y AUTOBIOGRAFICAS, por Miguel Angel.—Traducción de Marcos Fingerit. Editorial Elevación. — Buenos Aires, 1946 (433 páginas).

El noble traductor Marcos Fingerit ha hecho esta versión de la obra literaria de Michelagnolo Buonarroti Simoni, con la destreza y penetración profundas del idioma y del espíritu del autor que ha sido —y es cada vez más admirable— virtud

del poeta argentino. No de otra manera habría podido hacerse esta admirable traducción que pone, por vez primera en castellano, la obra escrita de uno de los más grandes genios de la humanidad.

"Si el género humano ha de sentirse orgulloso de ser, lo será por Dante y Miguel Angel, por Leonardo y por Cervantes. Toda esta herencia de valores imperturbables que se acumulan en el espíritu con tanta claridad y con tanta destreza creadora de los hombre de hoy, han tenido su raíz originaria en los contactos divinos, establecidos siglos antes por todos los profetas: los profetas del arte, los de la religión, los de la ciencia. Ellos, que no hacen en resumen, cosa distinta de poner en relación la razón con el misterio transformando el tiempo en una entidad dócil que desaparece una vez puestas en comunicación las potencias del alma con la serenidad divina."

Fluye de este libro esa relación constante y clara, llena de majestad y de miedo en la cual vivió y actuó Miguel Angel. Sus cartas, transidas de amor y de dolor, de fatiga, de deslumbramiento ante el hombre y de llanto ante su miseria, son un vivificante ejemplo de grandeza espiritual. Por otra parte, sus poemas, los famosos sonetos que tantas veces habían sido descados en castellano, son puestos maestramente por la mano de Fingerit en una dulce y firme prosa que trasciende y se hace más blanda y verdadera sin perder la categoría poética.

Y algo tan precioso como las estancias, recuperadas sin encabezamiento, pero ordenadas y situadas para cerrar el magnífico volumen. De ellas puede decirse lo que ellas mismas dicen: "Por fuera se ve bien lo que por dentro tienen." Participan de todos los elementos constructivos de belleza desde los grupos de cabras que suben las colinas, pasando por las imprecaciones a los vicios y depravaciones del espíritu, hasta los goces y delicias más puras del amor, sin olvidar los bellos ojos que miran eternamente y que

sostienen así la luz cuando ella se pierde. Todo eso está allí. La eternidad de los valores constructivos, sin desviaciones, sin artificios, llenos de la magnificencia conceptual que supo delinear en las figuras del juicio final, en el proyecto de tumba para Julio II, en la amistad, en las desolado sitio de su conciencia de amante melancólico.

“Ora de hielo, ora de vivo fuego, y siempre de mis daños cargado el corazón, contemplo el porvenir en el pasado con triste y dolorosa esperanza.” Podremos entender cuán puro sér, sér de perfección, tal la ambición poética de todo sér tras-

cedente, en Miguel Angel que es quien escribe los renglones inmediatamente anteriores. Es él en esto, como en sus obras escultóricas y pictóricas, el punto de afluencia de todo lo dulce y lo tremendo que vuela por el alma. La boca del misterio, el corazón de los tránsitos.

La editorial Elevación, de Buenos Aires, ha obtenido, con admirable acierto, un gran triunfo al editar, con la perfección interior y exterior que lo ha hecho, esta obra, y haberle encomendado la versión castellana a persona poética de tan altas virtudes como Marcos Fingerit.

NUEVOS COLABORADORES

EDUARDO GARCIA MAYNEZ

Pertenece a la generación que siguió al movimiento iniciado por el maestro Antonio Caso, en México, y ha repartido su actividad entre el campo de la filosofía pura y de la filosofía jurídica. Su tesis para su doctorado en derecho versó sobre un tema de singular interés, como *El problema filosófico-jurídico de la validez del derecho*. Máynez tiene a su cargo en la Universidad Nacional Autónoma de México la clase de Introducción al Derecho, materia sobre la cual tiene una obra de difícil paridad en castellano. Escribió también últimamente una *Ética*, donde recorre las diversas tendencias de esta disciplina, y un magnífico ensayo sobre la Libertad como Derecho y con poder. García Máynez estudió en Alemania, bajo la dirección especial de Nicolai Hartmann, cuyo pensamiento sigue con cuidadosa fidelidad. A él se debe la fundación, con otros, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México. Guarda inédita una traducción de la *Ética* de Hartmann.

*

FRANCISCO ROMERO

Más o menos a partir de 1918 despertó el profesor Romero al estudio de la filosofía, sin cesar desde entonces ni un solo

momento en la prosecución de sus meditaciones y en su afán de crear en nuestra América un ambiente propicio a la especulación seria y rigurosa. Alejandro Korn puede contarse entre sus inmediatos incitadores a esta clase de estudios, que comprendió cuando todavía profesaba la carrera de las armas, situación ésta que comparte con no pocos investigadores de la filosofía. Al retirarse el maestro Alejandro Korn de su cátedra de gnoseología y metafísica de la Universidad de Buenos Aires, quiso que el profesor Romero continuara regentando estas dos materias, las que actualmente se encuentran bajo su dirección. Además de estar al frente de varias cátedras en diversas Facultades y diversos centros, pertenece Romero a no pocas instituciones de su país y fuera de él. Así, no hace poco, fue elevado a la presidencia del Center of Inter-American Philosophical Exchange, y a miembro de la mesa directiva de la International Phenomenological Society. Hace algunos años la Sociedad Filosófica de Praga lo incorporó a su seno, como actualmente acaba de hacerlo la American Academy of Arts and Sciences, una de las más antiguas instituciones de los Estados Unidos. Sobra mencionar las obras del profesor Romero, el filósofo americano más leído hoy en América. Tiene a su cargo también la Filosofía Contemporánea de la Universidad de La Plata y la de Teoría del Conocimiento Científico en el Instituto Nacional del Profesorado.

JOSE LUIS ROMERO

Sus preocupaciones se han circunscrito más estrechamente al campo de la historia. Sin embargo, ha sabido rebasar el límite de la simple narración de acontecimientos para enfocar el pasado desde un ángulo filosófico. Sus estudios revelan al erudito conocedor del suceder histórico universal unido al sagaz analítico de ese suceder. Es, pues, un filósofo de la historia, con aportes de notable originalidad. Le preocupan las múltiples facetas en que se desenvuelve la cultura humana a través de todas las épocas. Así, ha escrito sobre el aporte hebreo en la constitución del espíritu helenístico, sobre la crisis de la República romana, sobre la biografía como tipo historiográfico, sobre el Estado y las facciones de la antigüedad. Ha juzgado a Maquiavelo como escritor de historia, y a su contemporáneo Mitre desde el mismo punto de vista. Ha investigado los orígenes de la conciencia histórica, y se ha enfrentado, con muy buena fortuna y sagacidad, al tema original de la morfología de los contactos de cultura. Ultimamente dio al público una colección de trabajos bajo el título de *La historia y la vida*, sobre temas de considerable interés. José Luis Romero tiene a su cargo la cátedra de Historia de la Historiografía en la Universidad de La Plata y colabora en las principales revistas de su país, hace parte de varias instituciones científicas y dirige una *biblioteca histórica*.

*

RAFAEL VIRASORO

Su actividad intelectual ha girado en torno a temas de filosofía de lo orgánico y filosofía de los valores. Sobre lo primero ha escrito un bello y penetrante ensayo, que ha titulado *Envejecimiento y muerte*, y que constituye una primera aproximación a un trabajo más amplio sobre esta rama tan apasionante de la fi-

losofía, prometido por el autor al comienzo de su obra. Sobre lo segundo, y bajo intensas lecturas de los más recientes expositores en la materia, principalmente de Scheler, ha escrito Rafael Virasoro páginas de alto interés y ponderación. Entre los más recientes, vale la pena citar su estudio sobre *Tránsito a la ética moderna*, y otro sobre *Finalismo en el ser y en el deber ser*, aparecidos en *La Nación* de Buenos Aires y en la revista de la Universidad de esta misma ciudad, respectivamente. Virasoro es de nacionalidad argentina, y reside en la ciudad de Santa Fe. Caracteriza su firme vocación filosófica el hecho casi inusitado de quitarle tiempo a su profesión práctica para dedicarse de pleno a la meditación de los problemas de la filosofía.

*

JUAN DAVID GARCIA BACCA

García Bacca nació en Pamplona, España, en el año de 1941. Cursó estudios de filosofía y letras en la Universidad de Barcelona, donde se doctoró con una tesis sobre *La estructura lógica de las ciencias físicas*, tema que marcó su derrotero dentro del campo de la filosofía. Bacca continuó esta clase de investigaciones para no desatenderlas ya nunca. Pasó a Alemania, y allí intensificó sus estudios de física teórica y matemáticas, en las universidades de Zurich y de Munich, donde estuvo bajo la sabia dirección de Sommerfeld, en el *Institut fuer theoretische physik*. Bacca ha seguido cursos en varias universidades europeas. Ha estado en París, en Bruselas, en Lovaina. En la Universidad de Barcelona regentó las cátedras de filosofía de las ciencias y de lógica de las matemáticas. Cuando la guerra española, se trasladó a Quito, en cuya Universidad trabajó hasta su ida a México, donde actualmente reside y trabaja infatigablemente. Es autor de varias obras. Entre éstas podemos citar su *Introducción a la lógica moderna*, su *Intro-*

ducción a la logística, *Algunas consideraciones sobre el problema epistemológico y su Invitación al filosofar*. Además, ha escrito otro libro sobre *Tipos del filosofar físico*, y tiene terminado un tomo de ensayos sobre los más grandes pensadores de la filosofía contemporánea, del que hace parte el que aparece en la presente entrega de esta revista. La multiforme actividad intelectual del profesor García Bacca pasa por casi todas las manifestaciones del saber teórico hasta la habilidad del traductor de todos los idiomas cultos. Tiene un completo dominio de las lenguas clásicas y modernas. Actualmente está enfrentado a la empresa de la traducción directa de todas las obras de Platón.

*

MIGUEL ANGEL VIRASORO

Profesor en la Universidad de Buenos Aires, Miguel Angel Virasoro ha dado ya a la bibliografía filosófica americana obras de indiscutible valor. Hace algunos años lo presentaba en la revista *Verbum* el profesor Francisco Romero como una promesa entre los jóvenes que se dedicaban por entonces a la filosofía. Hoy podemos ya dar cuenta de lo que esta promesa ha llegado a ser para el pensamiento de habla española. Virasoro, en un estilo donde sobresalen las imágenes sutiles y la profundidad inquisidora, nos ha entregado libros como *La Libertad, la existencia y el sér*, *La lógica de Hegel y Una teoría del yo como cultura*, además de algunos ensayos publicados en varias revistas de su país, alguno de los cuales ha sido registrado en estas páginas. Actualmente tiene a su cargo la revisión y anotación del *Aristóteles* de Hamelin, que aparecerá pronto en castellano, llenando así un vacío en la bibliografía aristotélica. Miguel Angel Virasoro es de nacionalidad argentina, y reside en Buenos Aires. Hace parte de la alta dirección del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social.

JOSEPH KUNZ. — Nacido en Viena, Austria. Estudió en las Universidades de Viena, de París (1911-12), y de Londres (1913-1914). Doctor juris, Universidad de Viena, 1913. Doctor en ciencias políticas, Universidad de Viena, 1921. Director jurídico de la Unión Austríaca para la Sociedad de las Naciones, 1920-1932. Miembro de la comisión para la protección de minorías de la Unión Internacional para la S. de N. Libero-docente de derecho internacional en la Escuela de Derecho de la Universidad de Viena, 1927-1932. Profesor de la Academia de Derecho Internacional en La Haya, 1929-1932. Rockefeller Research Fellow in International Law in the U. S. 1932-1934. Ciudadano norte-americano. Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Toledo (Ohio), desde 1934. Miembro elegido de muchas asociaciones nacionales e internacionales de Derecho Internacional y de Ciencias Políticas. Miembro del Board of Editors del *American Journal of International Law*. Miembro de la comisión para una serie de Filosofía de Derecho en el Siglo XX de la *Association of American Law Schools*, y editor del volumen Latinoamericano de esta serie. Ha vivido en muchos países europeos, viajado a través de toda Europa y Turquía, a través de todos los Estados Unidos, Alaska, Canadá, México, Cuba y Puerto Rico.

Lenguas: alemán, inglés, francés, español e italiano.

Libros principales en alemán: *La opción en el derecho internacional*. 2 vols. 1925, 1928. *La guerra del gas y el derecho internacional*. 1927. *El reconocimiento de los Estados y Gobiernos*. 1928. *La unión de los Estados*. 1929. *La revisión de los tratados de paz en París*. 1932. *El derecho de la guerra y de los neutralidad*. 1935.

Libros en francés: *L'option en droit international*. 1930. *L'art. XI du Pacte de la Société des Nations*, 1932.

Colabora con casi todas las revistas

européas y americanas de Derecho Internacional y con las *Law Reviews norteamericanas*. Muchísimas reseñas; muchos artículos en estas cinco lenguas. Últimos estudios en inglés: *The International Law of the Future* (Am. Political Science Review, 1944, 359-369). *British Prize Cases. 1939-1941* (Am. Journal of International Law, 1942, pp. 204-228). *Compulsory international adjudication and maintenance of peace* (ib. 1944, pp. 673-678). *The meaning and the range of the norm pacta sunt servanda* (ib. 1945, pp. 180-197). *Experiences and Techniques in international administration* (Iowa Law Review, noviembre 1945). *The Pan American Union* (ibídem).

*

MARCOS FINGERIT

Nació en Rosario de Santafé. Reside en La Plata. Ha hecho estudios superiores en la Universidad Nacional de esta ciudad, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. En uno de los diarios de La Plata fue durante largos años crítico de letras y artes. Ha publicado: *Canciones mínimas* (poesías); *Cancionero secreto* (sonetos, ediciones "M. F."); *Ardiendo signo* (poesías, Ed. Hipocampo); *Transido amor* (poesías, en las pequeñas plaquettes de arte tipográfico "M. F."); *La nave coronada* (poesías en *Cuadernos del viador*, editados por el autor). En sus *Cuadernos del pez volador*, editó traduccio-

nes propias de poemas de Ivan Goll, Ferdinand Marc y Pierre Louis Flouquet, y relatos poéticos de Giselle Prassinos; en las ediciones *Hipocampo*, *Poemas de la pobreza y de la muerte*, de Rainer María Rilke; *Los sueños* y otros relatos del mismo autor; en las ediciones *Orfeo*, una antología poética, también de Rilke. Ha editado y dirigido: *Fábula*, revista de letras y arte; *Delta: Provincia de la poesía*, *Hipocampo* (hojas de poesía y arte y ediciones); *Movimiento* (poético literario, artístico y científico); *Cuadernos de Cénit* y *Cuadernos de Nadir* (plaquettes de poesía de gran formato); en las ediciones *Grifo*; *Yo también soy América: Panorama de poetas negros norteamericanos*, *Ese bello seno redondo es una colina*, de Jean Giono. En la actualidad publica: Ediciones "M. F." (plaquettes de pequeño formato bajo el signo de la hoja de hiedra: poesía y arte tipográfico); *Del fin: Revista de poesía y metafísica*. Además, en una edición "M. F." de gran formato, publicó: *Diez xilografías y una litografía*, del artista platense Francisco De Santo. Obras inéditas: *Adán perdonado* (poesía); *Muertes y amores en Lope de Vega*; *De poesía ascensional*; *"Plegaria y poesía en Soren Kierkegaard"*; *Aproximaciones a Rilke*. Ha colaborado en publicaciones argentinas, americanas, europeas y del Africa francesa. Ha dictado conferencias en La Plata, Buenos Aires y Montevideo.